

LAVA NO ARDE

-MARIKA HEIKI-

LAVA NO ARDE

Marika Heiki (marikaheiki@outlook.com / www.heyheyworld.com)

Impreso en Bolivia. Febrero de 2015

Editorial ·HANDMADE POETRY· 2015

Imagen de portada: Heinz Fischer

Se permite la difusión y/o reproducción parcial de la obra siempre y cuando se mencionen sus fuentes: título, nombre de la autora y editorial.



“Y si te llevo por el camino equivocado
es porque así tú me lo has pedido desde el principio”
Armenia, Henrik Nordbrandt

PISO 10

BOGOTÁ

¿Qué significa contar un viaje? Las leyes del relato se anulan: no hay una introducción, un nudo y un desenlace en el presente narrado, sino un día en el que un avión despegó y un sinfín de días de incertidumbre en adelante.

No tengo miedo: no siento que haya comenzado ninguna hazaña. Solamente tomé un avión, calculé las horas de diferencia y llegué a Bogotá entre la media tarde y la medianoche. Parto con la sensación de no saber nada. No me refiero a no saber *cosas* —sé cómo preparar tarta de cuajada, conozco la tabla periódica más o menos, el efecto del agujero de la capa de ozono. Es más como si no supiera nada de quienes habitan aquí adentro —mente y dedos que escriben—, y tampoco nada de cómo la gente se relaciona y se comporta, y aún menos de lo que significa el tiempo ni de cómo el espacio se repliega sobre sí mismo algunas veces y nos acerca aun estando tan lejos. Parto otra vez de la tábula rasa: es un nuevo nacimiento. No busco cosas grandes, ni siquiera vivir el mito de la gran aventura, sino momentos como éste en los que hay paz y todo fluye. Ha amanecido. Recuerdo la excitación de los otros viajes pero esta vez me fui sin dolerme y sin lanzar una última mirada atrás, sin abrazar al perro. No hubo melodrama. No hubo rituales. La nostalgia es linda, pero pesa.

Otra vez: ¿qué es contar un viaje? ¿Narramos los paisajes, la gente, lo curioso, la temperatura, la geografía humana? Hay un lugar por donde todas las experiencias y las conversaciones y la lluvia y los helados y las miradas y las intuiciones y las librerías pasan y se filtran para construir esto que escribo ahora. ¿Cuánto hay de real? ¿Cuánto el lenguaje es falso y lo recubre todo con el barniz de la literatura?

Bogotá: sólo intuida. Vimos Montserrate a lo lejos pero pasamos la tarde mojadas de lluvia. Hemos traído la maleta a medio hacer.

UNA HOGUERA

JARDÍN ANTIOQUIA

Se siente delicioso no saber nada del futuro. Hay un calendario de días y de noches que me es ajeno. Hay una palabra –viaje– que no me encaja, porque como dicen los hombres con sombrero, yo *paseo*. Lo que ocurre (vaciamos de trascendencia todas estas cosas como marcharse o retornar) es que las veredas se convirtieron de pronto en ciudades. Me llevo algunas rutinas conmigo, como amar la sintaxis del español en todas sus formas o saber que enamorarse es cuestión de una noche. Amanezco con antojo de salpicón y de mango. Mi relación con los árboles frutales siempre fue de puro desencuentro.

El otoño fue siempre el lugar de los nacimientos, pero qué hace uno cuándo abandona las estaciones y la temperatura del aire es solo cuestión de altitud, de lejanía de la costa, de número de piso. Hicimos de junio un mes de adivinación y escuela: en la ciudad antigua reencontramos en la voz una ruptura y también un aviso o tal vez nos encontramos nosotras limpiamente. ¿Recuerdas, Maga, nuestras cartas del final del verano? Para ti fue invierno. Ayer pensé en tu nombre y en sus letras y suman luchas caprichosas de sonidos. Decimos: viviremos de traducir la poesía que nos gusta, de leer poesía de ríos y de escribir libritos para pordioseros. Yo añado: viviremos de ser quien somos y en eso no hay nada heroico o lo hay todo porque (ahora sí) marcharse no es cosa de cambiar paisajes ni acentos, sino de olvidar miradas, de hacerse uno independiente de todo lo creído y lo contado, por eso te regalo todos mis relatos y las cosas que nunca nadie ha leído para que hagamos esa gran hoguera en la que ardan tú, todos, nosotros, los pájaros y las costas en las que hubo viento a veces, pero nunca el suficiente para templar Montañas.

Qué nos pasa con los tiempos verbales que no se adecúan nunca a nuestras lenguas. He decidido no escribir sobre los pueblos y las cantinas y, en vez de eso, argumentar sobre la dureza del cielo en la medianoche en la quebrada o sobre el punto de acidez exacta que se siente en la piel cuando el sol quema. Quiero decir que la experiencia le pasa a uno sobrevolándole en lo cotidiano y que lo único que permanece es el color de este pueblo y la cordillera como columna vertebral atravesándolo. El convento, el charco corazón no son las cosas que me interesan. Lo ordinario, lo frugal no son las cosas que me mueven. ¿Acaso pudimos ser tan ingenuas y no nos dimos cuenta de que entre el ámbar y la roca hay un estado de comunión y entre todas las otras cosas también? Hemos dejado de escribir para los otros y todo esto es tuyo, a eso me refería entonces: todo esto es tuyo porque es mío porque no sale de ningún lugar donde haya rostro en el espejo porque podríamos dejar de tener cuerpo y no las manos que auscultan cosas como la corteza de los árboles en busca de detalles ínfimos y savia o quizá mantengo los pies fríos para no desvelar del todo un final que está predicho o un encuentro en la estación central de cualquier país imaginado. No lo sé.

No me preguntes si es lindo Jardín: caí rendida y observo simplemente desde la ventana a los señores con sombrero y su porcelana vieja. No quiero contarte que hubo una carrera de caballos y los hombres iban desnudos ni que entre las líneas a veces aparece una especie de diccionario de términos y expresiones puros porque aquí no llegó el café, no señor, aquí se lo inventaron y todos nosotros, también ingenuos, creímos que fue marrón pero fue verde y fue color de almendra mucho antes de que lo pidiéramos con leche, por favor, y una de azúcar.

Un crucifijo sin cuerpo sobre la cama. Se seca la ropa. Qué importa si la aromática se quedó fría en este verano fingido en el extrarradio del mundo.

VARIACIONES DEL SILENCIO

MALTERÍA

Arriba de la quebrada el silencio se mide en variantes líquidas. Nunca es perfecto: siempre hay una especie de barniz que rebervera por encima del no-sonido. En Maltería estamos aislados asolados solos. La escritura sobre la mesa pintada del jardín de la casa.

A y yo aparecemos aún de noche de entre las curvas andinas.

La casa son los colores y, a veces, viceversa. No necesitamos la gente, las noticias, internet, los centros comerciales. No importa, tampoco, no saber qué están haciendo todos esos desconocidos del facebook. Desprenderse de hábitos y usos, prestar atención a si el barranquillo pasó la mañana posado sobre las ramas del árbol de allá, preparar desayuno para cinco y ser siete. Hemos llegado a un lugar donde el arte, los colores neón, las vírgenes de A y las calaveras, los cuadros a brocha, el pasto que huele (siempre huele) y abajo de la falda de la montaña respirar hondo y dedicarle un minuto a los músculos de las piernas, tres a los de la espalda, siete tal vez a las manos cóncavas. Tiempo elástico significa pasar horas concentrada en una línea de un dibujo a medias. Tiempo elástico significa también –le cuento a Maja sobre la roca del pensamiento– estar diez días atrás y diez adelante, estar todavía en Madrid algunas veces y al mismo tiempo haber abandonado todo lo que soy en el otro continente. Y la no-prisa.

Amanece soleado y de a poco el cielo se hace lluvia. Amo pintar. Releo las cartas de Van Gogh a Théo y las encuentro lúcidas. También apareció un libro de Cortázar junto a la cama que no terminé de leer. Me pregunto sobre la relación entre la alteridad y el arte o la escritura. En la medida en la que existe un narratorio, un espectador, la intención de lo creado cambia por completo. ¿Se escribe y se crea para qué exactamente? V me dice en Bogotá que MM escribe por urgencia y esa palabra que me había parecido fea de pronto adquiere el sentido para la que fue dada. En esta urgencia no hay una vinculación con el tiempo, sino con la necesidad: hemos desarticulado el significado original de un término para apropiárnoslo y utilizarlo a gusto propio. Nunca hablé de la Bogotá que vi: entre lo gigantesco, entre los ñeros y los baches de la Caracas, entre las casas pintadas de la Candelaria y los nombres de frutas afrodisíacas apareció un hilo conductor que me llevó de los versos de Arango o de Jaramillo Agudelo en la Merlín a los ojos claros como punzones de Mario Mendoza. Todos hablan de los estratos y me parece más sencillo preguntarle a V si es un 2 o un 4 que preguntarle sobre qué escribe. Ideamos un París 1920 donde arribaran de nuevo los artistas, pero ubicado en el trópico. Lectura *in the meanwhile*: París como mitología (dice JC: “Porque cada generación revive en su juventud un cierto París, que sólo cuando uno envejece se va progresivamente desmitificando”). Tan cierto.

Escribir cartas como fluir de conciencia y después leerlas y no rebajar el tono ni borrar las confesiones con lo poco que me habría costado haberlo hecho. Pero a veces hablo como escribo y en los coches que nos levantan

cuando echamos dedo en la 25 dirección La Pintada la mujer bonita de R se queda pensativa cuando le explico por qué me parece mejor no acotarme con palabras, no consentir que todo mi peso se soporte sobre un título universitario, una edad en un carnet de cartulina, un nombre, un lugar de procedencia, una idea de lo que significa futuro. Lo que me mueve a viajar *hoy* es ponerle nombre a los árboles que encontramos a orillas del Cauca –el samán, el guayacán con las flores amarillas esparcidas por el piso de grava mal templado– y también a los pueblos que atravesamos limpiamente –Jericó, Palestina, Andes, Risaralda, Riosucio, donde aún celebran los carnavales del Diablo, Las Cositas, Támesis.

También hay miedo como mitología en este lugar. Quieren que intuya en cada persona que nos cruzamos el fracaso de este viaje-vida o de este viaje-libro (porque estamos leyendo un continente en sus líneas más pequeñas) pero lo cierto es que los buenos son más numerosos que los malos, nos dice Irma, y con los ojos abiertos la creo.

En Colombia te van a raptar.

En Colombia te van a robar.

En Colombia te van a violar.

En Colombia te van a timar.

En Colombia te van a matar.

No son más que verbos de la primera conjugación (y todos sabemos que la primera conjugación siempre fue un poco soberbia).

Toda la paz durante el día –pintura y pompas de jabón– se traduce durante la noche en imágenes oníricas que me despiertan con miedo. Sé que hubo purgatorio: aunque me crea libre, lo cierto es que estoy formada por materia social. El colegio, la familia, los amigos, la universidad, los viajes, la escuela de la vida, todas esas cosas han influido en la personalidad de hoy junio. Encuentro en los gestos de mis padres los míos propios algunas veces cuando regreso. Creo que se puede vivir de otra manera, también, como algunas de mis amigas con las que compartí Asia y Europa. No creo en un dios con nombre propio, pero he notado que sí hay una fuerza que late a veces y cruza y envía señales estratosféricas desde el otro lado del Atlántico. En sueños he vivido el purgatorio de la muerte de D y fue tan vívido como un laberinto. Después hubo tres días y tres hombres y encuentro paralelismos entre los tres sueños: fueron narrados por mi subconsciente como un cuento. No necesito el yagé, sino un diario de sueños: hay cosas que no sé que siento pero las intuyo en los trazos desdibujados de las ciudades invisibles que habito de noche. A ellos los llevo conmigo allá y todavía P tiene la cara de niño que tenía entonces, cómo saber si ahora ya no tiene las comisuras hacia arriba como las tenía antes si hace años que no nos vemos. En estos casos, yo ya no soy yo. O quizá soy más yo que nunca y el pronombre personal primero queda completado por fin en la sinergia entre pasado, presente y futuro sin interrupciones y sin que la aparente linealidad del tiempo se interponga entre las diferentes personas que soy y he sido. Lo onírico ha cobrado vida y

al despertar las historias son lúcidas y cada símbolo adquiere un significado contundente y único. La ausencia de relojes trenes redes ropa tiempo Europa limpia la mente de los hilos sueltos y de las obsesiones. Calidad de pensamiento arriba de la quebrada.

De *Worlds of Tangier*, Paul Bowles:

“Una ciudad, como una persona, casi siempre deja de tener un único rostro en cuanto la conoces íntimamente.”

Horacio se siente solo.

En la piedra digo: “el barranquillo se posa en el árbol”.

No es real porque nunca lo he visto; es veraz, porque sé que ocurre.

Pero decir: “yo lo he visto” (lo dije) convierte todas las circunstancias que rodean la afirmación en pura ficción.

Pero esta noche no he soñado.

Y creo

que el pasado se ha desvanecido por completo.

GIGANTES

MEDELLÍN

Diría de Medellín, quizá lo único (entre los conciertos en el estadio, las bocas de sangre, entre los semáforos y los veintemil pesos), que las luces a la noche se escabullen de la ciudad y trepan hasta bien entrado el cielo. Parece que los gigantes prendieron hogueras hacia allá el infinito la cordillera. Las palabras han estado días retenidas pero hoy el café supo diferente a la mediatarde, algo así como una tonalidad de más en amargor y al borde de la ventana volvimos.

Le digo a A que la sincronía ocurre durante un estado de flujo: uno se siente en armonía, uno eligió bien y, en retribución, las piezas encajan sin astillarse. La Emperatriz es nuestra carta de entre decenas en el Tarot de Marsella. Sobre la tela a rayas, elegimos un mismo lugar y un viaje paralelo si es que esto es un viaje. ¿Debo volver?, pregunto. Pero no quiero saberlo. El futuro podría escribirse en tinta de limón ahora y con los fuegos de las hogueras de los gigantes descubrirse.

No lo quiero.

Los detalles y lo que significan. Podemos amar sin besos. Podemos conectar sin que las pieles necesariamente hayan de encontrarse. Me gusta dejar inacabadas las conversaciones y también las historias. Lo ocurrido es hecho. Lo que nunca ocurrió, en cambio, es posibilidad. Deseo se convierte en uno de los leitmotiv. El otro (como las coordenadas cruzadas) es la satisfacción de lo insatisfecho. Contrarios que se encuentran como puntos cardinales cuando el sol está bien alto arriba. Redundar no es decir dos veces sino concederle a las palabras la posibilidad de existir del todo.

Diría de Medellín ritmos estáticos, diría pinturas acrílicas sobre los muros. No vi pueblito paisa, no conocí la universidad ni la catedral si es que la hubiera. Sentirse en casa mientras uno se transporta, da igual adónde, forma parte de la fenomenología del viaje o del paseo: uno aprende a cuidar de los rincones y se le hacen familiares las ollas, la loza, el cuchillo bueno. Lluve a eso de las cinco un día sí y un día no; hay rutina en la no rutina de encontrarse en agosto a la altura del Estadio, entre la Setenta y a dos pasos de San Juan. Entonces visitamos, en vez de las plazas, los supermercados, comprobando en la boca con los sabores improbados e inventamos recetas de jugo de frutas amarillas.

T se lleva un libro; a cambio, me deja lo mexicano. Tiene algo de dobladura él –mitad A, mitad yo–. Dentro de la noche lee el Tarot sobre la manta a rayas.

¿Qué hay detrás de la ventana?

Artemio Cruz: el gemelo, el otro, ¿quién vivió aquello? El gemelo, el otro, yo.

O no era yo.

CARTA A L.
CARTAGENA

Querida L,

Cartagena 45 grados. Cartagena cometas volando sobre la muralla a la media tarde. ¿Va a la Boquilla, señor? Nos subimos. La buseta va hasta los topes, bambolemos nuestros cuerpos, esconde la cámara, no hables, no hables, dirección contraria entonces. Ciudad vacía. Un poco como Barcelona: los extraños conquistaron unas calles antes conquistadas. Los turistas son los españoles (los franceses los portugueses los holandeses) de antaño, los que venían y se llevaban el oro. Ahora se llevan solo fotografías y mochilas trenzadas en las tribus de la Guajira, a precio de sultanes del trópico. Me divierte verlos vestidos de gala por las calles vacías y el sol enorme y fatigado abrasándoles la tela de gasa y el algodón puro. Día festivo ciudad vacía. Hay un solo quiosco de libros abierto entre Getsemaní y otros lugares. No compro nada: me gusta recoger los libros viejos con nombres escritos en la primera página.

No te hablaré más de la muerte; yo tampoco sé qué significa.

Cometas volando cometas volando por todas partes sobre la muralla. He aprendido los nombres de los huecos y de las torres en roca para poder mentar los besos de los desconocidos que se esconden sol poniente. Hay un mar Caribe, ¿y después? Hay Panamá a lo lejos (tanto que no recuerdo haber intuido aún la tierra) y hay Aruba, hay Cuba, hay Granada, hay Providencia y San Andrés. ¿Queremos un raspado? Cola de fresa, cola de tamarindo y hielo.

Hemos recorrido solo 500 kilómetros desde la partida a pie. Hemos sobrevolado el final de los Andes a medio camino entre el sueño y la lectura. Otra vez estuve leyendo a Carlos Fuentes y me parecieron extraordinarios sus silencios puntuados. ¿Oíste de la literatura mexicana? Espera, te regalo esto, otro loco, esta vez Luis Humberto Crosthwaite:

“Hey, hey, aquí nomás mirando pasar a las beibis. Todos los sábados me encuentras sentadito en esta esquina, tripeando, agarrando mi cura. ¿Ya viste aquella morra? Por eso estoy aquí, mirando mirando. Qué quieres que haga. Toda la semana en el trabajo, aguantando al pinche gringo, its tu mach. Éste es mi único desahogo. Para qué quiero otra cosa. Tuve muchas ondas en mi vida, tuve mi esposa, tuve mi hija, tuve mi casonona y mi carrotote. Eso ya pasó, carnal, ya es pretérito. Cómo te diré. No sé si me explico: yo no soy como cualquier imbécil que se la pasa guachando a las beibis, nel, soy un imbécil especial, al tiro. ¿Me entiendes? Ya recorrí el mundo, ya nadie me cuenta lo que es bueno y lo que es malo. Yo escogí los caminos y escogí también que mis sábados pasen en esta esquina.”

Carnal. Así empieza otro libro, hablándole al colega, al hermano, al carnal, de Élmer Mendoza. En Bogotá V nos llevó a verlo conversar con MM, el de los ojos que se te clavaban, el del aura en el dictado. Releyó el comienzo de su texto en alto para los que acudimos y yo sobrevolé México. Está ocurriendo algo con ese país de chingados (que me perdonen). Como un hilo, ¿te conté? Como si hubiéramos empezado a caminar sobre un hilo que atraviesa Centroamérica y me tiembla ciudades –Guadalajara, Puebla, Oaxaca–. No sé dónde voy a terminar, L. Me gusta que los uruguayos me dijeran que aman a su presidente. No es como amar al rey de Tailandia, no es eso. Me gusta que, como con México, se me tiendan los hilos hacia abajo continente. ¿Vendrás a la casita que construya en orillas de Atlántico allí a lo lejos? Vi fotos de las cabañas sin luz; allí levantaremos estanterías llenas de libros. Además: me pica la piel: *too much sun*, L. Me pica la piel de sal porque en Cartagena los coches se oxidan pronto del viento entre las costas que abrasa, a su paso, una lengua de tierra construida en mármol blanco. ¿Te conté? Vivimos a tiempo partido entre un edificio estilo Miami y las casitas a medias del extrarradio y cuando miro por la ventana veo los huecos de tierra del barrio de la Boquilla y la ciénaga. Luces en el centro, a lo lejos: me he acostumbrado a mirar Montañas, siempre con mayúsculas porque son presencia, y ahora hay puro agua alrededor, nomás. Por la mañana viajamos hacia el sur a una de esas playas donde todo el mundo quiere quedarse a vivir (aguas turquesas, esos mitos). Tengo presentimientos anfibios algunas veces, como si hubiera salido de la tierra seca y estuviera descubriendo que en el agua también respiro. Pregunta H, un día en la mañana:

–¿Viene con nosotros a nadar?

Y le digo: “Yo soy más de tierra y fuego.”

Pero, ah, soy agua a veces.

Te conté de Malaysia: buceábamos con los tiburones. Había olas enormes y a una chica se la llevó el agua. La rescató después uno de los pescadores o no sé, alguien que pasaba por allí, pero el mar (es lo importante) cobró forma entonces, se convirtió en un semidiós que manda y recibe sus sacrificios. También en Montañita, donde aún no fui, se ahogaron unos viajeros colombianos una noche. (¿Por qué sigo hablando de la muerte?).

Te contaré del yagé, también: C y E nos hablaron de sus viajes la otra noche en el jardín. Los taitas, los sabios, te dan tres tomas. La primera es de limpieza: uno vomita y orina y defeca hasta caerse muerto. La segunda es el comienzo de la introspección, donde realmente comienza el viaje hacia uno mismo. La tercera te lleva al epicentro de la individualidad. Todos tenemos aún cuentas pendientes con nosotros mismos. No es para rebuscar entre los traumas los traumas, me parece, sino por las preguntas que quedaron incontestadas en pro de vivir rápido, pensar poco, pasar los rituales de la adolescencia y la madurez con impresión de fuego. No sé todavía si quiero empezar ese viaje, ¿sabes? Pero hay una fuerza. La partícula del yo y de lo inconsciente, tú me conoces.

Querida L: Cartagena fue negra, negrísima, negra de piel de corazón de manos negras también en los dorsos, también las lenguas. Atravesamos un país tintado de Montaña y aquí estamos orilladas por el mar. Nos quedamos por unas noches antes de comenzar un viaje hacia las sequías de todo un continente. Pero no hablaremos más por hoy, no aventaremos deseos, no te contaré de lo creado, de los dibujos, de las escaleras arriba de la roca, no sobre los pastos, no sobre el lago agigantado, no.

Hoy solo te quiero a ti, linda, a lo lejos y a lo cerca y a lo unido y a lo rescatado.

Pero tú,

cuéntame también:

¿cómo fue el camino oeste,

entonces?

SANGRE CAÑA DE AZÚCAR
SAN BASILIO DE PALENQUE

los sentimientos encontrados
no son un error del organismo
los sentimientos encontrados
aparecen junto a los sarpullidos de piel roja
junto al odio
al agua de la ciénaga
a los campos arados
las paredes

los negros observan a los blancos
mi piel significa plata
la suya esclavitud
polvo amarillo de entre nubes
tiempo no es tiempo
día lunes, siglo veintiuno
Palenque

¿quién inventó las categorías
los sudarios
las cruces
los machetes
las champetas?
¿quién inventó las plantaciones y la muerte de los hijos?
¿quién se puso el nombre de los colonos y se abrasó la lengua que los nombra?
¿quién prendió la sangre con el azúcar
la caña en sarpullido
el mapa de los ritmos ancestrales
velorio
tambora
velorio

para los muertos del azúcar?

¿quién inventó los cuellos cortados a orillas del arroyo atrás de los caminos de tierra?

¿quién las cámaras que retratan los ojos de los negros?

¿quién la furia

—la suya, porque la blanca los mira y no saca las monedas

la mía, por mi triste expectativa de turista—?

Colombia

cuatro estaciones

y el verano siempre será negro.

CHANCE

SANTA MARTA

Deriva e inercia no son la misma cosa. En ambos casos, es cierto, uno se deja llevar, pero hay un matiz fundamental que diferencia a una cosa de la otra: la deriva es consciente y definitiva, la deriva necesita del ser mientras que la inercia ocurre sin interacción con la propia corriente. La deriva, en cambio, es elegida –o tal vez es la deriva la que lo elige a uno.

Inercia: de adjetivo inerte: muerto. Fuerzas que lo llevan a uno a balancearse entre las olas. Pero no. La deriva es un vuelo de gaviota: hay corrientes de aire, hay la no-decisión (lo opuesto a la indecisión) acerca de la velocidad y del rumbo pero siempre, siempre, la *dérive* es un estado fértil e irresponsable que, en el peor de los casos, convierte a uno en *flâneur* y, en el mejor, en aventurero.

En la carretera de la costa A y yo ponemos el dedo apuntando al norte y una sonrisa (trucos de autostopistas) y nos levantan pronto. Cuatro carros nos traen desde Cartagena, donde nos quedamos durante veinte días de inercia, hasta Santa Marta. De chance. Hemos superado un estado de dejarse ir y tomamos las riendas. Ahora tenemos rumbo, tenemos una decisión consciente y sabemos a dónde queremos llegar. El camino, la compañía y el resto de experiencias al borde de la ruta están por convenirse todavía.

chance y deriva sí son la misma cosa:

vuelo

SÓLO BOCA

No te he hablado de cuántas noches nos quedamos dormidas antes de la medianoche en las tierras negras. Había tambores como sonidos de lluvia, pero eso sólo fue en el afuera. Como los pescadores, nos deshicimos de nuestras ropas y nos metimos hasta la cintura en la ciénaga: el tacto del fango en la piel es como un regreso al útero. El mohán predijo una pesca insulsa y así fue: un chango y una jaiba, a orillas del mar más tarde, en los brazos de un hombre tatuado entre las cejas. Qué raro es hablar de algo que ocurrió hace tanto tiempo. He repasado las hojas de cuaderno buscando qué decir sobre La Boquilla y los veinte días de pura inercia entre los caminos de tierra y las cintas de colores prendidas de un ventilador, pero después me he preguntado que por qué es necesario decirlo todo. La Boquilla fue la tierra negra. Lo demás, no importa. O sólo importa esto: la silueta de J acercándose, con los brazos abiertos, moviéndose sinuoso como pantera, bailando bullerengue con el sombrero vueltaio, bailando muy cerca, bailando como la sangre negra se mueve a veces y las canciones de velorio y tambor en la playa.

No te he hablado de las selvas y las costas más arriba. Sobre la gran roca en las orillas de Arrecifes –olas gigantes– encontramos las huellas del caimán. Seres de agua. Los ojos de la selva: los ojos amarillos de los zorros chuchos, los ojos de diamante de las arañas sembrando el piso como tesoros, el gran ojo luna llena auspicando la luz nocturna. A caballo recorrimos los cañaverales, la tundra, las siete costas, a caballo subimos y bajamos entre las rocas y J me mira con los ojos dulces y escucha la historia de quién soy. Otra vez esa mirada de animal escondido en él. J también fue ojos, y sobre todo fue escena, fue teatro. Entonces entendí que el baile de J, y aquel otro J a caballo son la misma cosa: la posesión del movimiento o el puro cuerpo poseído.

No te he hablado del agua en la Montaña. No lo haré: sobre aquello ya lo he dicho todo:

“Busqué el agua helada bajo el chorro de ducha y me di cuenta de que olía a quebrada. Busqué el agua helada en los contornos de los viejos puentes, busqué sobre las palmas, bajo los párpados, busqué el agua helada asumiendo que el mediodía podía habérmela arrebatado, cómo no, si esto es la selva, aquí mandan los verdes y los insectos dorados. Busqué y encontré lluvia.”

No te he hablado de un Santander sin tiempo; por eso Barichara fue un pueblo de abandono y cine francés, pero eso los libros de geografía no lo saben. Recorrimos Boyacá y sus cumbres peladas y de entre las fuerzas telúricas

decidí aceptar que la magia forma parte del camino. De alguna manera dejé que la corriente de los días me atrapara y recorrimos los pueblos de alrededor a pie y nos tomamos fotografías como turistas en la gran plaza. Villa de Leyva: tan lindo y tan mediterráneo que sentí en la piel la sal de un mar a diez mil kilómetros de distancia.

Bogotá volvió a ser libros.

Bogotá fue reencuentro con los poemas de José Hierro.

Bogotá volvió a ser encumbramiento de un amor-odio.

Bogotá volvió a ser desposesión de uno mismo.

Bogotá volvió a ser luz o visión nítida.

Bogotá fue el inicio de un nuevo camino.

Nos agarramos a las bufandas y nos dejamos ir.

Pero no te he hablado del desierto y de las estaciones todavía, ¿no es cierto? Encontramos laberintos de barro en la Tatacoa, al costado de una ciudad terrible, dolorosamente fea, gris espanto. Venía arrastrando una crisis de belleza inconfundible: comencé a malgastar energía en desear una Barcelona lejana, una Barcelona mujer con cafés de puerto y terrazas recién amanecida. No fue por la nostalgia de lo ya sucedido, porque para eso poseo la escritura y los cuadernos, sino por los ojos que sufren. Definitivamente, Colombia fue un país de ojos (o es que a estas alturas, al otro lado de la frontera, yo me he convertido en sólo ojos, el ojo que mira desde atrás como hablábamos tú y yo, Maga, y ahora no puedo sino explotar aquella imagen, del mismo modo que he tratado de escribir hasta agotarlos los sonidos de lluvia y las formas del recorrer del agua).

entonces llegó Cali

y rompió todo adentro

y nos regalamos amor porque sí

y nos dijimos sobre autobiografías

sobre sincronías

sobre las crisis

sobre mi crisis

—creativa, natural, mortal—

entonces llegó Cali

y a ráfagas sonó el río Pance

y dormimos a su costado
no hay luces sino de lejos
pero el sonido sí
y hubo historias que inventamos de noche
y hubo un viento de los antiguos en nuestro tejado
y hubo deseos inconfundibles
de quedarme
de hacerme hueco
de poseer el barrio de San Antonio
de dibujar
de escribir
de crear
de conocer
de besar
de quedarme al fin y al cabo
anclada
en una ciudad aún dormida

y no supe de los homicidios en cali
y no supe de los ñeros
y no supe de los robos en el centro
pero sí nos quedamos dormidos en la hamaca hasta que llegó la lluvia
sí intentamos hacer fuego pese a la tormenta
sí bailé con tantos desconocidos
no sé sus nombres pero conozco sus ritmos adentro
todos propios
sí conjugamos los verbos en presente
sí abrimos caminos
como puzzles
—escribirse a uno mismo
instante presente
geografía oculta de la lengua—

Cali fue como recuperarse de una gripe larga
de los músculos cansados
de la fatiga
de la inercia
porque hay ciudades con las que uno hace el amor y no es de noche
y Cali es de esas
ciudades que son como una casa de gatos
ciudades que abren por fin caminos
hay flujo, hay pistas
ciudades de fuego primigenio
como el de C, un fuego abatido
por su color de piel próximo a la roca
o por los labios color lila
o por la posibilidad de arte
que aún no existe
pero que explota como volcán ausente
(en cuestión de energías no suelo equivocarme)
o por la tormenta eléctrica
adentro de una carpa
arriba del cementerio indígena
mandalas de colores en los árboles
hubo augurios de una vida larga con quebranzas de salud hacia los sesenta
hubo muertos en la carretera
como el peso de un tsunami sobre mi cuerpo

Cali:

mía

fue esto:

entender que en algún lugar hay respuestas

pero que lo que importa no es eso

es la búsqueda

LAVA NO ARDE

LA ESPERANZA

Hay una casa en La Esperanza en la que soy yo quien pela las zanahorias, las cebollas, quien corta en cuadrícula las lonchas de beicon y lo pone todo al fuego con cariño, porque si hemos llegado hasta aquí es para que cada acto ocupe su tiempo adentro de nuestros días, para no sentir la prisa, también por el deseo de la comida caliente y casera y una cama fija en la que comenzar a hilar sueños.

No voy a intentar resumir este mes de escritura críptica.

Conocí a alguien a quien le excitaba la idea de partir en viaje en busca de animales invisibles. El goce es la búsqueda: el encuentro con lo que se anda a buscar es mitológico, casi imposible. Todo el peso del viaje, todo el objetivo del viaje recae en la búsqueda. Eso es.

¿Qué estamos buscando?

Pero digamos la gran ilusión. Todos estos trucos, todas las sincronías –el libro de Bogotá, Sara en Cali, el camino, La Tertulia, contarle todo esto a la gente y que de repente tengan un papel en este truco magnánimo y magnífico, como Michay, como otros muchos que han pasado y han dejado un regalo, como los chamanes, sobre todo como Juan y todas esas percepciones antiguas acerca de la propia vida del presente. Y también todo ese simbolismo con la Montaña porque he aquí alguien que se acercó con prudencia a los volcanes y a las grandes moles de tierra unificada y fue atraída irremediablemente, fue atraída y perdió el pulso, perdió la velocidad acompasada y todo fue rápido. O fue telúrico: en una relación entre la Montaña y yo, no hay una que acabe ganando. Entre todos los romances, elijo este: la satisfacción es de adentro y no de piel –aunque déjame decirte que la piel es, de todos, mi órgano favorito.

He titulado un libro que aún no existe “Cartografía en piel”. He titulado una casa que aún no existe “Casa de Gatos”. He recibido cartas de T, de D, de J, de M, he hablado con Maga en la boca del volcán y acordamos encontrarnos para la gran erupción. Todas esas cartas, todos esos racimos de ideas, toda esa manera de compartirse uno, ¿no es cierto que es lo único que permanece? He dejado de creer en la autoayuda. He bebido agua, M, no sabes cómo tus palabras llegaron en el momento preciso de la deshidratación y después contribuí al flujo del planeta con un sorbo. Estoy escribiendo por inercia, porque yo ya sabía que no podía sumirme en la crisis creativa, ya sabía que no podía ponerle un orden a todas estas palabras, qué es eso, estructurarlas, esquematizarlas, qué mierda importa que yo quisiera hablar de Cartagena primero y después del Tayrona y los ojos amarillos, qué importa todo eso. Ya lo he dicho. Pero por dentro, y este sí es un caudal perenne; por dentro, y esta sí es una fuerza irreductible, estoy sintiendo oleadas volcánicas y es que nunca es anecdótico estar en la boca del volcán justo cuando las explosiones se sienten bajo la tierra. Lava no arde. Nosotros destruimos y creamos y yo me he destruido primero en la idea que tenía de mí para prestar mi cuerpo a otras historias. No soy

Marina. Siempre en los videos y en las fotos tengo curiosidad por conocer a esa que está al otro lado y que evidentemente no soy yo.

Porque soy ojos de adentro ojos de afuera, y en esta casa con olor a leña importa más tener el tiempo de acariciar al perro o de llevarlo a la compra dos puertas más allá a la corrida para que se mueva y nos movamos y con la energía de nuestros pasos contribuyamos al movimiento de la Tierra. En esta casa me vale más el amanecer a horas tempranas, me vale más siete días de inflexión corporal como declinaciones griegas, me vale más este lugar ahora y por fin a solas porque había deseado la Montaña y no la tengo, pero sí un cúmulo de ahoras, ahoras, ahoras. Me presento ante el volcán como una ofrenda y me devuelve melodías incendiarias. Necesito del fuego: he sobrepasado un estado de crisis, un estado en el que la no-belleza me impulsaba a comprar pantalones en centros comerciales para sentirme linda. En Neiva casi me pongo a llorar porque lo gris se había comido la ciudad. ¡Tan sucia! ¡Tan dolorosamente sucia la ciudad y el deseo siempre latente de un café en una terraza como en la Barcelona lejana! ¡Sólo memoria! No he sentido nostalgia en todo este tiempo de la ciudad abandonada pero, de repente, después de perder un vínculo con la tierra, he extrañado hacer la compra en el Keisy, la calle Sant Pere mes Baix, la última noche cuando el rap en la calle y las llaves perdidas y esa canción de Oscar and the wolf tan linda y que me retrotrae sin pensárselo a los días que dolieron y que ahora, en la distancia, se cubren de un halo dorado. Eso hacen las películas: ensordecen el ruido que hace daño y dejan solo el detalle lúcido para que lo mordamos. Es hace el recuerdo: ha cristalizado la ilusión de Barcelona y olvidé el agua en el balcón y todas las hojas que me recomendé quemar. Ahora que no estoy decidido que necesito saber quién estaba a ese otro lado. Quiero leerme. Por qué escribimos no tiene nada que ver contigo. Los vasos comunicantes no importan: no habla la lengua, habla una roca viva adentro mío.

Entonces vuelvo. He pasado orgasmos en un baño amarillo y verde oscuro. He sentido otra vez llamaradas –me tumbé sobre la esterilla y al cerrar los ojos un hombre venía y caíamos sobre el piso mordiéndonos como nos mordíamos Nick y yo en las islas del sur. Recupero una parte de mí que vive en presente. Igual, ¿cómo podría recibir calor y orgasmos si he estado viviendo en el futuro desde Barichara? Recorrimos el camino entre los pueblitos del cañón de la Chicamocha a la mañana y tuvimos que pedir a un profesor de colegio que nos levantara a mitad del regreso en su moto. No probamos nada nuevo. Paso sin huella.

Y ahora aquí, sí, presente. La voz de los chamanes retumbándome: plantaron la semilla de otra cosa. Yo pensaba que me marchaba para nunca volver y lo cierto es que los últimos días he estado recibiendo ondas electromagnéticas del tiempo en espiral pasado. Recuerdos libres a los que nunca había prestado atención antes o no había tenido la suficiente limpieza de adentro para constelarlos en el mapa conceptual del cielo adentro mío. No te hablo más de Cali porque todo fue dicho en las cartas. El río Pance de noche fluye al ritmo de una tormenta en relámpagos, ¿y qué podíamos hacer nosotros salvo retornos, besar, dormir a oscuras en medio de una montaña de sal, al costado de los farallones de Cali, al costado de ninguna ruta, internados, profundos?

He tenido volcán adentro y aún lo tengo. Me salvo de la lava a través de los incendios de piel. Solo deseo quedarme así parada y que los dedos anden por sí solos sobre el teclado: elegí no escribir a mano hoy por la velocidad, por el simple atajo que supone no tener que dibujar todas las letras. Imbabura volcán de fuego que se yergue sobre una colina de rosales o flores espigadas. Imbabura: centrarse en su silueta como se centra uno en la pintura de uñas o los trazos de un dibujo a medio hacer. Salir de mí para encontrarme: eso me lo dijo G alguna vez, en un café en la ciudad, el día que hablamos sobre sí mismo. Hay una iglesia pequeña, consagrada a Marinilla, y entonces sé que ahora lo sagrado me pertenece en este lugar porque he sido yo sagrada ahora, después de mucha lucha, después de creer durante tanto tiempo que iba a morir rápido, casi ahora, y no cabalgando los caballos en Tayrona, no con ¿cómo se llamaba? Jorge, sí, Jorge, porque en su pose de actor yo encontré una mirada dulce y quise besarlo, sí, pero terminamos todos en ruinas en medio de una selva apocalíptica. Tayrona: en ese lugar me he sentido atrapada por las primeras veces. En lo alto de la roca en la playa he observado la luna como un ojo, y es que con los ojos estos días estoy encontrando que puedo ver más allá de algunos rostros, en los niños a veces, en personas que han sido muy maltratadas, en rostros feos, en carnes duras, en ojos de niño aún selváticos o apenas encumbrados en la superficie del volcán. Tengo que explotar de algún modo y qué más me da ya no tener trabajo, me siento libre, y ahora puedo regresar a una Barcelona sin cordón umbilical, puedo agarrar una bicicleta y todavía sentir con el fervor antiguo el viento golpeándome los pechos, las sienes, las caderas, y sentir que me arranca de la tierra, que no soy sumisa ya más al lugar, al tiempo, a las circunstancias ni al día lunes porque soy volátil, no ya más un ser sobre la tierra, porque los pies, ah, los pies encontraron en los talones una marea de luciérnagas y se calzaron los zancos y ahora lo veo todo desde arriba como en un sueño.

Lo onírico. Lo onírico de este lugar es que he reencontrado una parte de espíritu perdida. Tú sabes cómo me he dolido a mí misma durante tanto tiempo. Tú sabes, también, de las subidas y bajadas sobre una cama en cualquier lugar –no ya los besos de Nick, qué importa, si nos amamos deprisa porque había lanchas partiendo.

Los chamanes. Toni y su pelo largo su tabaquito su percepción demasiado lúcida y me pregunta por la madre por su nombre pero él ya lo sabe, y ve manchas oscuras en la imagen de la madre que tengo yo misma de mí. Pero Juan, Juan me llevó al éxtasis y los espíritus del sur llegaron cuando se abrieron las puertas arriba a la Montaña.

Tengo semillas todas ardiéndome dentro.

Los demás van al río y yo me escondo bajo las cobijas para seguir escribiendo en este flujo que no dice nada pero que trata de salvar del incendio final todas las cosas. Porque las cartas, porque los mensajes y todo esto que escribo no es otra cosa que salvar de la muerte los instantes, no deseo describir ni compartir ni expresar, sólo salvar, sólo ahuyentar de la muerte el tiempo ya ocurrido con sus trazas y con sus vértices, hacerlo triangular y que una de sus esquinas siempre permanezca presente mientras continuamos viviendo, qué sé yo. Por eso no

hemos salido del refugio en días: no necesito decirte de dónde soy ni a dónde voy después, no necesitas saber de mí más que un color de ojos cuando el cielo abierto, o tal vez qué opino del futuro porque, ah, he vivido tanto en el futuro en los últimos días que no sabía como agarrarme a la corriente del presente de nuevo. Pero he dejado de preocuparme por si nos veremos alguna vez en esta vida o en las siguientes o por si estaré en Egipto en febrero o en el primer otoño del cono sur indisfrutado. Qué voy a hacer: qué importa si ahora estoy aquí adentro de esta cama, mojada yo, mojada de ducha y también de los flujos de la pasión por la vida. ¡La prioridad es el presente! Estar presente aquí y ahora en este cuerpo vida y he soñado cosas y no sé por qué no las estoy escribiendo y durante el día tantas *aventuras*, ¡tantas! Que me parece estar viviendo pasado y presente a un tiempo, y lo siento todo, y ayer me acordé de C y vi su boca en una foto y sentí la llamarada que sentía siempre al observarle desde lejos.

Qué será de las ciudades que aún no he visto o qué importa si van a seguir allí para otras vidas.

Puro sol. Suena algo extraño. Suena.

Sentirse cuerpo.

No tengo proyectos salvo este: vivir. Escribir como vivir. Forman parte de la misma cosa.

quiero

deseo

quiero

morder morder morder

CHINCHES

OTAVALO

1

de todos los juguetes de faro elijo el fuego
por la mirada de los hombres de noche
por ese sonido hipnótico como de zaszas
C juega cadenas y antorchas en una casa
orillas vacías de un tren sin uso
Ecuador dicotómico de dólar
y palosanto prendido
en una habitación tan sucia
-olor a pies ajenos
olor propio, olor adquirido-
pero que no importe apenas
si logro aislar lo interior de toda esta mierda
pero que me digan: "el río
y la bareta
sólo con eso soy feliz"
que me digan del chamán don Jairo al borde
a-ma-zó-ni-co
panela a pachas en un solo vaso para todos
cigarro
un liado de creppy
recién cruzado la frontera
-C me lo pasa
aspiro
no tira
lo prendo
humo
me hundo en el suelo-
para salvar la imagen del calabozo de ayer noche
y en esta cocina desalmada

sin un solo tenedor
víctima de un abandono salmodiario
hay un regalo:
una página al azar de Rayuela
a la que la lluvia le ha robado palabras
colgada de una chincheta
en la pared

he despertado toda picada por las chinches
han mordido mi barriga con paciencia y dulzura

en tránsito en una ciudad de chancho y plata
en tránsito a bordo de una lancha en el agua helada del cráter de un volcán
–curvas rotas y delineadas a viento–
en tránsito entre los relojes solares y lunares allá en lo alto de todo
en tránsito entre lo que significa viajar o vivir en movimiento
entre las manillas
–las pulseras,
que no se me olvide el español de infancia, digo,
ya olvidé demasiado
ya conquisté las lenguas del sur
ya perdí un acento vocálico–
para vender en Quito, en Perú, no importa adónde
en tránsito café con leche sábado de madrugada
un mercado abastece el mundo y es éste:
Otavalo
Otavalo y trenzas
Otavalo y sombreros con plumas y calcetines blancos y collares de cuentas doradas
Otavalo miradas tan ausentes y negras
Otavalo llamadores
Otavalo atrapasueños
dinosaurios en la avenida
y yo escribiendo sobre los Luther Blisset

–no hay quien entienda esta vida–

2

pero los Luther Blisset

ahora que lo pienso

tuvieron mucho que ver en todo esto

–la Verdad aceptada o no aceptada–

dice en la pared naranja de esta habitación sucia:

“No se puede vivir con miedo toda la vida”

3

aparece el chamán

nos ofrece su brebaje y dice: “no pidan un deseo

mejor agradezcan que ya se ha cumplido”

el miedo atronador como el volcán ahora

que ruge en la puerta al Oriente

el miedo como cuando a A se le cierran los ojos

y se ve desde arriba

–doblatura

su propio cuerpo–

el miedo como vencerse y dejarse ir

le pido a las plantas sobre el miedo

no responden

no las oigo

pero se alivia una tensión adentro, ¿sabes?

y eso ocurrió en Ibarra y hace tanto tiempo

que conocimos a los dos chamanes que no tenían

idiomas para hablar

y entonces hablaban por telepatía

se decían cosas

enfrente nuestro

se entendían en otro plano

“Tu percepción está abierta solo al 35%”

dice chamáncoleta
me asusta el 35 pero digo: “no tengo miedo”
“Tienes voz”
dice chamáncoleta
y el otro habla como orando, siempre como orando
y la Santa María
–cannabis común–
le ha contado los secretos de la vida y de la muerte
y de dónde viene ella
y su relación con los humanos desde lo antiguo
y nunca se siente solo
porque al menos siempre hay
un árbol
una roca
una hormiga
acompañándole
y nos hablan de las puertas del Sur, del Este, del Norte y del Oeste
y de cómo se abren
arriba en la Montaña
sin agua durante días
en contacto con el Misterio
el Misterio, el Misterio,
esa palabra que se pronuncia por casualidad
algunas veces
en conversaciones nunca comunes y que
unen
desembocan en historias grandes
de conciencias amplificadas
de espirales de vida
de incas
de Putumayo colombiano y yagé
el Misterio
flujo, energía, dios, llámalo como quieras

no hay lenguas allá en otros mundos

nos pide chamánorador

“Miren con atención:

esta araña

esperando expectante en su tela

tiene las respuestas que buscan”

esperar el momento justo como la araña

aguardar a que las cosas lleguen

los chamanes han estado muertos pero volvieron

de su viaje a las estrellas

donde habitan los abuelos y las abuelas

los maestros

los primos que se llevó la guerrilla

los amantes

donde habitan los brujos

—y me acuerdo del yaqui Don Juan de los libros de Castañeda

y de la hechicería

del chamanismo

de la brujería

de la conciencia

del espíritu

de la medicina y de las ceremonias

nagual de piel oscura—

le pregunto al chamánorador por un dolor en los pulmones

responde: “¿Qué tal se encuentra

tu padre?”

no pensar, sólo sentir, sólo sentirse

descubrir la misión que cada cuál porta

entender a los padres para entenderse a uno mismo

raciocinio cultural occidental

–es lo que soy también–
que se niega a creer
y a un tiempo
ninguna verdad hasta el momento
tuvo tanto sentido como lo que dijimos
en la casa de los viajeros astrales
saber quién es uno para ser responsable
y libre

yo ya he vivido cosas que escapan de lo visible y lo tangible
yo ya he tenido miedo
y yo ya no tengo miedo
antes habría dicho:
“tengo miedo de traspasar la línea”
pero yo ya no tengo miedo

y dice el chamánorador:
“Tengo que seducir cada día
a la muerte para que me deje quedarme”

VENTANA TOMADA

QUITO

1

en Quito he jugado a darle a los barrios
como los situacionistas
estados del alma
entonces
la Plaza de San Francisco
será de calor inmenso
por todos los orgasmos que se contuvieron en las noches

en Quito he encontrado un mapa sobre un escritorio acomodado
lo leí del revés intentando entender una ciudad sin líneas
el ministerio de justicia se convirtió entonces
en el centro de los Hare Krishna
el colegio de los infantes
apareció como una casa en un árbol
y el mercado de San Roque
en una concupiscente orden monacal de los jesuitas del sur

no importa cómo la ciudad se haya trazado:
no importa cómo la ciudad se haya dibujado en colores:
no importa cómo la ciudad se haya recorrido:
ninguno de esos lugares de los que me han hablado
Existen
hasta que no los piso y los camino
nada en esta cordillera vertebral
Existe
hasta que la subo y la bajo y la admiro y la contemplo y
en último lugar
la asumo
y la hago mía

no quise subir ni coronar todas sus cumbres
—no quise conquistar montañas: qué absurdo es eso—
prefiero observarlas, desde lejos,
hablarles
de la caída del sol a veces
casi siempre de otros fenómenos atmosféricos
o de los trastes de las guitarras y de sus cuerdas metálicas

porque

los accidentes geográficos
los fenómenos atmosféricos
los estados del alma
los semáforos en rojo
son esquelas de nuestro paso por aquí

porque

los cafés con humitas
los choclos a la brasa con queso
los yaguarlocros al borde del Oriente
los ceviches y los encebollados de albacora
son papilas gustativas en estricto orden de llegada

porque

los autobuses de medianoche
los ríos de caudal diverso
los volcanes al costado de la ruta
los árboles distintivos, tal vez los ceibos (esconden algo)
son misterios de carretera
son dibujos a trazos de carbón en patios de colegio

2

yo quería una habitación con vistas
abajo la ciudad de Quito
salí a la deriva y en el trolebús
ansiedad por los muertos en Madrid y en Berlín
las grandes fiestas
contenidas en una estación
–expreso, dirección La Marín–
en hora punta

¡empujen, empujen!

el andar designa un límite en movimiento:
allí donde no hubo pies
no existe la tierra para uno

estado de tránsito

a todo espacio atravesado
le ocurre una impronta
una subjetividad
una llamada
desayunos de dos dólares y medio es Quito
la casa Sucre y la gata Sol es Quito
una ciudad de cuetarribas

3

convirtamos en un juego los paseos cotidianos
regla número uno: tomar el trolebús hasta la última línea de un mapa
regla número dos: llevar a bordo lápiz y colores
regla número tres: dibujar, en la parte que está ausente, lo que se encuentre uno

(por ejemplo, el señor del jugo de naranja
más allá de Guápulo y de las paredes pintadas
ha convertido el cuadrante inferior centro de mi mapa de la ciudad de Quito
en un árbol florido)

lo que significa resignificar un mapa:

fuiamos educados en la idea de que es espacio es inequívocamente traducible sobre el papel

en la medida en que a una ciudad le restamos sus atributos
(los humanos y los perros y las ratas y los soplidos de viento
de la neblina pura o los inestáticos carros
del humo las veletas la señora Jacinta)

hacemos de un mapa solo una torpe comedia de algo serio

entonces:

convirtamos la ciudad en la escena de un gran teatro

donde en la primera obra

ardan todos los planos

todos los mapas

y los nombres de las calles

4

No me fui de aquí aún porque en esta ciudad obvié las poses de turista y deshice mi maleta y coloqué toda la ropa sobre la cómoda maltrecha de esta habitación de ventana tomada. No me fui de aquí y sin embargo compré tazas a veinticinco centavos para el café, compré guitarras, compré botas de lluvia, compré abrigos –como si planeara de algún modo quedarme, pero de algún modo inconsciente y además ilógico porque yo siempre me estoy yendo.

me he acostumbrado

a no tener dinero

a a veces pasar lluvia

al agua siempre fría

a no tener cubiertos

a las luces tenues

a los calcetines desparejados

a las puertas cerradas

5

esta es la casa Sucre

una japonesa se casó con un marroquí

que murió

y ahora parte a visitar su tumba en Fez

una niña de catorce

busca la figura del padre

en los penes de los hombres casados

un francés

carga un San Pedro desde la 10 de Agosto

un San Pedro enorme de siete puntas

descalzo

y lo cocina

y el gas se gasta

y lo cocina

y la licuadora se queda fría

y lo guarda en botes de café

y a la noche los pone bajo la almohada

para soñar en colores

esta es la casa Sucre

donde en la cocina llueve pero

no hay ni un

cuchillo

cuchara

tenedor

esta es la casa Sucre

un corrillo de borrachos a media cuadra hacia la loma

esta es la casa Sucre

donde se juntaron los magos, los malabaristas, los payasos, los hombres de fuego

y tanta música

–quenas, zamponas, flautas, primeras notas de una guitarra de un cucho loco–

esta es la casa Sucre:

vidrios mojados adentro y afuera

6

en la Plaza de San Francisco, por las mañanas, se juntan todas las palomas de la ciudad y hacen simposios de vuelo

en la calle Venezuela, además, hay un pequeño comercio atendido por un grano de café

bajo la Catedral, encontré por último, quedan los cimientos de un templo al Sol

el nombre Atahualpa como un viento fresco: nombre de cordillera

la mitad del mundo es un timo geológico y por eso nos escapamos en la noche y dibujamos una línea amarilla en la Plaza del Congreso

nos hemos dividido la ciudad y ahora cada uno de nosotros posee una parte

de aquí para allá (conteniendo la Plaza del Teatro, la Cotopaxi –siempre desaparecida, se cayó del mapa– y la ferretería de la 24 de Mayo con Cuenca) es tuya

de allá para acá me tocan la Foch, el Ejido y la Amazonas: tengo en mi poder una ciudad acuática.

7

En Quito siempre la lluvia a la misma hora barnizando los adoquines con los reflejos de los transeúntes que corren.

Hoy he pensado en los actos de amor: da igual si el azúcar es veneno porque es tan dulce convertirlo en arequipe.

Saqué dinero del cajero sólo para caprichos. El resto de cosas –la cama y el almuerzo, a veces los cafés– las paga el oficio de gitana (me dicen: chamullera; y respondo: “claro, mijo, te adivino el futuro la suerte el amor te concedo un deseo”).

8

Días de cuerpos desparramados.

Él es un hombre resquebrajado: tiene tantas grietas de tantos errores y de tantos muertos y de tantas decisiones tomadas. Se ha curado con aliento y savia de selva.

Me ha amado de cerca y me ha dicho: si estoy así contigo, si siento todas estas cosas, es porque estás llena de paz.

Un hombre árbol siente mi energía a la mañana y dice: hoy la tienes baja, ¿que pasó?, o siente mis cortocircuitos y se electrifica.

Porque el hombre árbol tiene girasoles adentro de los ojos y está lleno de grietas pero son como las grietas de los árboles: heridas insalvables a través de las que se nutre del viento, del agua y de los abrazos.

Porque el hombre árbol tiene el cuerpo como una espiga, tan flaco y tan raíces negras con los labios perennes y la nariz y las orejas y los brazos azules.

Porque el hombre árbol tiene tatuado un sueño de ayahuasca y lo miro con la exactitud del vigía de volcanes.

Porque el hombre árbol me mira fijamente y me cuenta lo fundamental y eso no es otra cosa que los sonidos de lluvia.

y

porque hubo rupturas de tierra

hubo grietas insalvables

hubo un autobús en el que pasamos desapercibidos él y yo

disfrazándonos de nuevos personajes

excitándonos

excitándose el señor que viajaba delante nuestro

sin tocarnos

allí en la mitad del mundo

intercambiamos los papeles

encontré rasgos brutales en mí

en él una dulzura casi mística

y al volver a la pieza cambiamos el arroz de la chifa

por hacer el amor

salvajes

libres

salvajes y desconcertados

pero tan salvajes

y dijimos, después, cuando el arroz de la chifa

y la salsa de tomate y los camarones baratos:

“Qué indie es todo esto:

follar y después comer del chino

en una habitación asolada de lluvia

un martes por la noche

y prender una película de terror cualquiera
para poder abrazarnos
y no terminarla, claro,
eso ya estaba previsto
tú también lo sabías.”

9

Me siento tan libre que he querido teñirme el pelo de azul estos días. Tan libre que me he colgado piedras al pecho. De Europa yo ya lo sé todo, pero hay leyendas incas y mayas y de los sabios amazónicos que me dan de beber y yo me nutro. A eso me dirijo.

He entrado en el caudal de un río inmenso y no hay ahogos y no respiro aire de afuera. Eso es lo correcto de todo: no hay futuro. Estoy inmersa en el más puro presente.

Un hombre árbol me abraza y no me dejo querer sino que quiero.

La luz, la lluvia, el agua, la luz de este domingo eterno de estrella fugaz, pienso, y su pene en mi boca como salvajes y los orgasmos de agua y toda la sangre en su boca y en su pene y en sus dedos y en su piel como si hubiera explosiones y las piedras de lapislázuli llenas de estrellas y la naturaleza y yo aquí ahora vaciándome, sí, han sido días de paz y siento tanta paz, tanta paz. La tranquilidad y la satisfacción se han mezclado y tengo los dedos ardiendo porque el placer y Quito y el hogar y Quito siempre serán la misma cosa.

Hay hombres que claman en las calles. La música y saber que en cada cuerda de guitarra hay un gemido de amor y las piedras al cuello y dejar la vida pendiendo de un hilo mientras me concentro en besarle a él, en destruir todo su dolor, todo, porque se hizo mayor tan pronto. Fue sacerdote y confiesa: mi mayor fantasía fue quemar la iglesia con todos adentro y después hacer el amor sobre las cenizas.

¡Esa confesión!

Por eso hubo orgasmos en la cordillera de los Andes a solas, porque le debía una confesión así yo a él. Pero eso ocurrió luego de Manabita y de Guayas, mucho después del regreso al hogar.

Entonces amar de frente y de costado y él besa mi norte, mi sur y mis costillas al amanecer y me escucha la respiración y me abre los ojos y los girasoles y la retina derramada en negro siempre con tanto misterio como mirar la noche única del mundo. Un ojo que siempre busca, siempre, y se queda pensativo mirándome cuando le hablo de las luciérnagas que envié a T y entonces la paz.

Y haber tenido amantes, y haber coleccionado cuerpos pero ya no los quiero. Y haber sentido orgasmos y haberlos propiciado en los nombres de otras. Y haber roto los relojes y haber acariciado algunas partes demasiado íntimas como la nuca de K. Y haber visto llover desde los adentros –la ventana, la cama, el cuerpo– y

haberme mojado y creado tsunamis de luz al tiempo que todo lo demás ocurría en la ciudad, los accidentes, los conciertos, las fichas de regreso al trabajo después del almuerzo, las cenas sin queso y sin vino, los alféizares a punto de deslizarse calle abajo.

Todos los que me conocisteis ya no sabéis quién soy porque soy sólo luz esta noche, sólo soy viento y madera, sólo soy agua y soy verdes y el asfalto lo he recorrido sin tocarlo apenas para llegar a este punto donde no hay retorno.

Me duele el cuerpo: lo he entregado y con él hemos hecho cosas salvajes esta mañana entre las nueve y las diez.

No tengo prisa por marcharme porque vivo en una casa en cuya cocina llueve al caer la tarde y el trazado de la ciudad es un sinsentido: las cuestarribas no terminan ni empiezan, no hay esquinas maestras donde se agolpan las aves, no hay manifestaciones sin policía, no hay calor bajo este jersey de lana regia que compré en las Arenas.

Y tomar un café de dos dólares cincuenta en lugar de ganarme el pan de hoy y beber mucha agua porque derramé todos mis líquidos y dar amor por desear regalarlo, dar amor sin futuro, dar amor sin leyes, dar amor al cielo, dar amor al cuerpo de espiga, dar amor porque la piel de roble: sí, él es el árbol de eses sentadas, y no se aguanta el ponerle voces a los animales así que me hace reír a destiempo en un sofá de la casa Sucre a mediodía. Me siento tan alejada del miedo y en un autobús en la mitad del mundo le hablo de los amores de allá y de los meses sin tocar a nadie y en una cama en su pieza le cuento acerca de la muerte de D.

Es que ya no quiero pensar más. Ya no quiero deberle nada: me he entregado por completo en esta pieza de la plaza de San Francisco y entonces yo ya no soy yo ni soy suya ni soy de nadie excepto que deberíamos besarnos ahora mismo y me duele adentro la boca.

doy la vida

Aprender a dar y recibir, pero no cosas, sino amor, entre las grietas. No hay murallas y todo lo que se escribió antes de ahora ya no importa.

porque estoy viva yo

Toda esta ciudad está adentro mío y no he salido de la intersección de Bolívar con Cuenca en toda la semana. Será la playa en los días que vengan y después Cuenca y después Baños y K dice: “no quiero volver a verte nunca. Te estoy cogiendo cariño. Y si te veo con otro te voy a tener que matar”. Pero no sabe que no me puede matar porque yo no soy solo cuerpo. Yo no soy solo carne.

T habla de un *man* en el autobús que le decía: “¿prefieres comerte al caballo o que él te cuente su secreto? ¿Y al mono? ¿Prefieres comértelo o que él te cuente su secreto?”

Consumir o aprender.

Consumir o aprender.

Yo no me deslizo por estas calles sin rumbo. Voy guiada por el mapa abstracto de una ciudad con impronta de cielo y Montaña. Ya no voy a la deriva.

Y los pájaros hablan tan alto en la selva en Mindo que entiendo que cada selva es la misma selva. Comemos guayabas del suelo y se nos meten los gusanos en la boca.

Esto no es un diario de cosas reales y yo nunca he estado viva hasta ahora.

Haber amado tanto a un extraño.

Haber jugado como niños desnudos.

Conocer su pueblo en Antioquia a través de los recovecos de su cuerpo –los balcones naranjas y las guadas– y él dice, allá en la hamaca en Mindo cuando nos despertamos todos con sabor a lluvia: me siento en otro lugar (y saber qué lugar es ése).

Amar y no en relativo. Dejar el espacio que de cotidiano ocupa el ego libre para amar. Fumar hasta quedarme dormida. Pegar baretos –pero no tantos– y estar en vuelo unos minutos antes de que las luces se apaguen.

No sé en qué lugar del mapa se encuentra mi cuerpo –dicen que en la mitad del mundo– pero mi espíritu está bien arriba, bien disuelto entre estrellas.

10

yo de la muerte no sé:

he sido creadora

dadora de vida

y la he destruido a un tiempo

yo de la vida no sé:

¿acaso importa llevar o no llevar

las manos llenas?

yo de la lluvia no sé

o lo sé todo
agoté cada sonido contra las piedras
en una noche azul
al costado de la Montaña

yo de las luciérnagas sí sé:
ellas crean

yo de las plazas, de las calles, de los mercados no sé
pero me apropio

yo no sé de mí
pero de ti conozco las grietas
conozco los sabores
conozco los ojos de girasol
y las estaturas horizontales

yo sí sé del agua
yo sí sé del bosque
no hay muchas selvas:
cada selva es solo una

SIN TÍTULO

CUENCA

me he masturbado en un autobús lleno de gente
pensaba en los ojos de girasol
mentira: pensaba en la cumbre de su pene adentro mío
muy
lento
muy
profundo
pensaba en mis pezones a mordidas

he sentido un orgasmo de nieve al borde de los Andes
arribita de la punta Montaña
con un mar de nubes delicioso
arriba
como esperma
y me sentí ir y la respiración dolida
sin oxígeno arriba dolida
y el hombre al lado mío leyendo mensajes en el celular
y los hombres de pie viendo
una cara trascendida en el asiento 27
y yo desabrochándome lento
sin brusquedad: detallismo
pero habría sido mejor que el hombre a mi lado supiera
y hubiera disfrutado de intuirme
con los dedos adentro
la vagina como una flor en carne

me he corrido arriba de los Andes
y dice K, pregunta K
si me excita la Montaña
me excita él más cuando me lo pregunta y se muerde el dedo índice a la mitad
no me he avergonzado
he sentido
en cambio
que estaba loca

me he masturbado arriba de un autobús lleno de gente
le di mi orgasmo respiración rota a la Montaña
en un acto de amor andino

y después le digo a K a horcajadas

encima suyo:

“esto es el descubrimiento de los cuerpos

no el tuyo del mío

ni el mío del tuyo

en realidad

descubro mi propio cuerpo a través de ti”

YANANTI

OLLANTAYTAMBO

Hay una necesidad de libros de poemas en esta habitación. Sigo repasando la ciudad en busca de una palabra que prenda este fuego: no es el mío sino el fuego antiguo de todos los que dijeron bruma antes que yo. Después de un tiempo entre los incas he entendido: son una mentira mitológica, no pudo ser que existieran y desaparecieran entre la sangre. Son una mentira mitológica porque los chavín, los pucará: todos aquellos fueron sus padres y si algo se llamó en llamarlo inca fue solo por la plenitud de sus piedras sobre el río. Tengo que escapar para escribir, yo ya sé cuál es mi virus: actualizar una vez tras otra la página de facebook para descubrir, después de todo, que ni siquiera me excita la idea de vivir tan fuera de mi cuerpo. Tengo apoloías de carne en la cabeza: quiero desterrar todo ese mundo de este mundo.

Las últimas noches dormimos abrazados o tal vez fue él quien me abrazaba a mí sin que yo pudiera decir: hazlo. Fernández de Córdoba ya no me molesta en esta nueva habitación al patio: es en la del final, en la de la esquina que por las noches tengo náuseas porque sé: está presente. Otra vez le cuento la historia a los extraños que recién llegan a la casa y no por infundir el miedo sino como forma de presentación de los presentes: hubo un señor español, el dueño de toda la cuadra, y se dice que sus hermanos lo dilapidaron para quedarse con sus bienes. El esqueleto fue encontrado bajo el suelo del patio, antiguas caballerizas. La cabeza ahora anda empalizada en la pared, donde la guardó R, el custodio, el que de camino al hospital me cuenta de los documentos que nunca llegó a ver y donde se especificaba: “esta es la cabeza de Fernández de Córdoba, señor español, protegido del Virrey de Lima, y con la casa ha de permanecer hasta los últimos días de este mundo”.

Entonces, en la última habitación al patio, cada vez que salía a la noche, escuchaba el siseo de las ropas invertebradas del señor Fernández de Córdoba, o tal vez fue una imaginación irrigada de fantasías en la niñez por las causas del jugar a solas. Lo que sí es cierto es que desde la noche en el Cotopaxi cuando las plantas hablaron con los hombres en luna llena, he descubierto cuál fue mi regalo de san pedro: los lugares me hablan a mí constantemente de las cosas antiguas, me dicen de las muertes sobre todo, pero también de otros síntomas energéticos: los cambios en la posición de la Tierra o el descubrimiento de estrellas voladas y tengo que emplear la arqueología astronómica para descubrir los signos.

Conexiones con la Luna y por eso en menguante yo disimulo el hambre, las ganas de abrazos, disimulo los aromas propios. Mermo. Hay un templo, y es sacrílego decirlo, pero es mío. Cuando A y M nos llevaron allí por primera vez y sonaba la quena bien arriba yo necesité poseer esa masa de roca jaspeada, necesité que fuera ella quien me poseyera a mí: fundición de dos metales. En el templo de la Luna, allí en Saqsa, el olor a palosanto y a pelo de llama hablaba de sacrificios antiguos. Sobre las superficies limadas en roca cuánta sangre. En

Pumamarca, cuando comenzó la lluvia, un aviso: no era el momento ni el lugar de conocer la complejidad de las estructuras sintácticas del quechua ni de las rocas sísmicas. Montamos a horcajadas sobre los caballos –Napo dulce, aterrorizado a mitad de camino por los precipicios y los motores; yo también tengo esos miedos– y nos marchamos de allí y entonces se detiene la lluvia y nos deshacemos de nuestros buzos de plástico y continuamos a pie.

Ahora vuelvo a Ollantaytambo a solas. Se funde la música porque tomé la ruta larga para llegar y poder ver las Montañas sin preocuparme de los ritmos de las curvas. Vuelvo al antiguo hogar y también a tocar la puerta de A en la calle como un riachuelo.

De la primera vez recuerdo algunas cosas: el sabor de la quinua recién conocida y un templo taita arriba de la roca. ¿Cómo se movió hasta donde se encuentra ahora toda esa mole de piedra enorme?, nos preguntamos, y seguimos subiendo por entre las piedrecillas hasta la cúspide. Entonces A nos entrega tres hojas de coca y nos envía a hablar con los dioses al muro de piedra tallada. “Con vuestro aliento ellos escuchan”, dice. Por eso regreso a Ollanta y no a Chinchero o a Písaq o ni siquiera a Abra Malaga donde residen los espíritus en las lagunas verdes: hay unas ruinas de una casa totémica entre el maizal y las siento como el templo de la Luna, un lugar donde yo ya he habitado aún a solas. Los bueyes me saludan al pasar y recuerdo al búho que ulula todas las mañanas a las nueve: he de reconocer que tengo amigos en roca y en pluma y en cuero y que el género humano hace ya un tiempo que se ha limitado a lo de afuera. Con los caballos no tengo que hablar porque ellos sienten – como sentía Napo, y también los pobres famélicos de camino al maizal, todos con las costillas salientes– las cosas que les digo sin hablar. No saber el nombre de mi caballo es un acto grave: exactamente el mismo que montarle sin haberle preguntado si le apetece llevarme a cabalgar por el valle sagrado de los incas (*dicen*).

Poseo una habitación con vista a Yananti, la Montaña duplicada, la Montaña comprometida consigo misma como se comprometen los desnudos con sus dos sexos en los relatos de Evelio Rosero Diago. De camino a Ollanta me nace el recuerdo de algunas palabras que aprendimos entre Pachar y Ollanta la última vez y me atrevo a nombrar al río Urubamba por su verdadero nombre: Wilkamayu. Fluye tan veloz, tan color terráqueo. Me encierro en una habitación porque mi plan no era este sino otro: iría donde la mamita a comer un pollo broster porque la última vez nos dejó apagar las colillas de los cigarros en un vaso con flores y nos sonrió al despedirse, pero es domingo y las persianas permanecen cerradas para todos, incluso para los anárquicos turistas que llegan en los días feriados. Gracias a los dioses hay una Montaña padre y aún me protege desde lo alto: en su vientre encierra los almacenes de grano y en una de sus aristas encuentro la cara de un anciano. Todas las Montañas son así: en su interior, que conecta con el centro profundo de la Tierra, permanecen los espíritus de los abuelos que, en lugar de emprender su regreso a las estrellas con la muerte, quedaron velando por sus hijos y los hijos de sus hijos y por el sabor del maíz blanco gigante ahora que tuvieron que sacar al santo porque hacía ya que no llovía un tiempo y, para reírse, supongo, envió el cielo un granizo que dejó las hojas del maíz temblando.

he vuelto

aunque la última vez

hubo lluvia y luna disputándose el cielo

y hubo historias como ésta:

Un día llegó al valle sagrado una mujer muy hermosa. Tenía no sólo los ojos, sino también la tez y el cabello de color verdoso. Su enorme atractivo, en poco tiempo, hizo que los hombres de los pueblos del valle se quedaran prendados de ella y la mujer, que se llamaba Cuca, correspondía a todos ellos: era fácil encontrársela haciendo el amor con algún hombre entre los maizales, bajo los árboles frondosos o en las cuevas de la montaña. La mujer, sin embargo, nunca se enamoraba de sus pretendientes aunque todos ellos intentaron casarse con ella.

El sacerdote, al enterarse de las aventuras de Cuca con los hombres de la región, se hizo ver con el Inka y le explicó el problema. El Inka mandó a buscar a la mujer y sus guardias no tardaron en dar con ella. Llevaron a Cuca ante él y éste, sin poder evitarlo y como tantos hombres antes que él, se enamora de ella. El Sacerdote, al tanto de la situación, impone al Emperador ante los dioses la necesidad de elegir:

–O la mujer o el Imperio.

El Emperador, entristecido pero ferviente en su tarea de mandatario, hace matar a la mujer y sus súbditos la entierran en los cuatro puntos cardinales del templo de la Luna.

Tiempo después, el Sacerdote pasea alrededor de este mismo templo y encuentra que en uno de los puntos donde la mujer fue enterrada ha brotado una planta. Confuso a la vez que enfadado, arranca algunas de las hojas de la planta y las lleva ante el Inka. Al verlas, el Inka reconoce en la textura de las hojas la tersura de la piel de su amada; en el color verde y brillante de las hojas, los destellos de los ojos y del cabello de la mujer; incluso, en su aroma, reconoce aquel olor que tanto amó y sin poder evitarlo, se lleva las hojas a la boca y las saborea despacio. El placer es tan enorme, que en un acto de amor hacia su pueblo instaura la tradición de mascar hoja de coca como símbolo de alegría, de voluntad, de trabajo, de unión. Desde entonces, la carne de la hoja de coca es el alimento del pueblo: hombres y mujeres la mascan día tras día desde hace muchos siglos en honor a aquella mujer que supo conquistar a todos los hombres de la Tierra.

pero lo cierto es que en Ollantaytambo solo importa la hora en la que cae el sol:

los perros y los niños se hacen con las calles

hay ríos de agua pura entre los muros de roca y el padre Montaña nos abriga y por la noche

a solas

suenan tan fuerte el susurro de los espíritus del maíz con viento suena tan fuerte

el susurro de los bueyes

y un ave quedó prendido de la cornisa

y la habitación que mira a la Montaña abrir sus piernas

y entiendo: todo este viaje es en busca de hogar

con fuego

sin muros

con música dulce

todo este viaje es con los pies descalzos

ESPACIO EN TRÁNSITO

CUSCO

Hemos llegado a Cusco el día que comenzaron los fuegos artificiales, o tal vez ya estuvieran allí antes de que mi cuerpo experimentara entre Quito y Cusco cinco mil kilómetros de carretera, un mate de coca y todas las visiones del desierto a borde de océano. También llegamos el día que comenzó la lluvia y en este caso puedo asegurar que he seguido con detalle el desarrollo de todas las tormentas durante un mes entero. Tal vez así es cómo los antiguos llegaron a conocer el movimiento de las estrellas: se sentaban durante noches enteras a observar la rotación de los astros. Solo Orión se veía desde arriba y abajo del mundo: esas tres estrellas que parecen formar fila pero que, en realidad, está ligeramente desviada solo la última, como los tres puntos que sin pretenderlo he tatuado en mi muñeca como recuerdo de un viaje que ya fue. Los antiguos se acomodaban sobre la roca viva y miraban al cielo: eso hacemos ahora también nosotros y nos preguntamos cómo es posible que nada tenga sentido adentro de lo empírico donde hemos vivido por tanto tiempo. Nos falta algo: tal vez que la roca hable.

Y me dice M: “he pensado mucho en ti” y describe finales.

Y me dice Indi: “estos días he pensado mucho en ti” y describe calor ya acontecido.

Y me escribe Mi: “estoy pensando tanto en ti estos días, Marintxu” y describe promesas de volver a vernos pronto.

Y cuando A me escribe: “¿qué tal? Yo estaba pensando en ti”, describe cuentos recientes a la orilla del fuego.

Y mientras tanto yo asumo este valle como quien asume su propio cuerpo, lo asumo con las lagunas al borde de la carretera y con las canteras de roca rosa y amarilla y color barro y rojas como el óxido. Yo no estaba pensando en ninguno de ellos: estaba sintiendo. De otra manera no habría existido la gran ola que llegó a todos los continentes y me hizo fluir. No habría existido.

Pero he de decir que he huído. En este espacio en tránsito que es la ciudad de Cusco he terminado un viaje y comenzado otro. Hasta aquí llegaron los planes que un día me empeñé en imaginar. Aquí se agota la fecha de un seguro de viaje, se agota la plata, aquí se agotan las ideas y también los recuerdos. Qué pena: no me arrepiento ni de una sola cosa que ha ocurrido en este tiempo, pero tampoco antes. En este espacio en tránsito he estado a solas por primera vez en cinco meses –levantar la mirada y que no estuviera A ni K ni D ni S ni nadie alrededor salvo los fantasmas amables de esta casa. Me he vaciado de contexto porque lo cierto es que hubo demasiado espacio adentro mío, hasta el punto de no poder existir sin el paisaje ni él sin mi mirada. Una sesión de cine a

solas y una tarde de intenso agua en Mindo, también cuando aprendí a despertar tan temprano que no había un solo ruido en el mundo: me he postergado a mí misma, pero no hay acritud en estas confesiones; también he sido viento. Solo que ahora en Cusco estar a solas se ha convertido en un acontecimiento como cuando era niña y esperaba los viernes de granja-escuela o los conciertos de Iván Ferreiro si acaso una vez al año. Estar sola por imposición: por oírme o por dejarme de oír en voz alta, eso sí sería un placer obscuro: la negación de la propia voz.

He encontrado en mi huida a la Montaña una paz que buscaba: tampoco de esto me arrepiento ahora.

Porque sería ilógico pensar que un viaje es otra cosa que el día domingo en la cocina o que una guitarra que no saco de su funda por días y que se llenó de hollín en nuestra última fogata en las ruinas del maizal. Un viaje es leer hasta el agotamiento los libros de toda una casa y no tener más contacto con las calles que un vistazo a través de la ventana. Un viaje es no saber muy bien para qué estoy aquí yo, pero también tú que te cruzas conmigo en el mercado y acaricio tu perro o también ellos los que nos subieron a bordo de una furgoneta verde y nos llevaron alrededor de la Plaza de Armas y los otros a quienes aún no he hablado, algunas veces por pereza o por vergüenza o por puro sueño. No saber qué ocurre en el mundo: eso es un viaje. No saber de los tiempos de cocción del grano de arroz o de la quinua, no saber de las cantidades de agua por metro cuadrado en cualquier ciudad que no sea ésta porque aquí sí lo sé: he estudiado las tormentas como a las aves en vuelo.

y además

tampoco sé si hay regreso

y no saber cosas como no saber si hay regreso es a la vez dulce y doloroso

la incertidumbre –dice F– a veces traiciona: se corre el riesgo de quedarse uno estancado en Canoa

o en Cusco

o en Rosario

o en las ciudades abandonadas al costado de las minas de cobre

o en los desiertos de agua: los llamas océanos

y por darle un nombre a las cosas por fin sabemos algo:

estamos aquí

este es nuestro tiempo:

ahora

Averigüa tu kin maya, dice P. Dragón cristal rojo: el dador, la simiente, lo nutritivo. “El agua”, le decía a K en Quito, “quieren que sea viento pero yo soy agua”. Y eso lo sé con certeza, igual que cuando A me explica:

–Yo soy el colibrí: el mensajero.

Por eso, ahora que un viaje termina y empieza como termina y empieza el año en nuestras casas cristianas, me pregunto acerca del camino:

¿Estamos esforzándonos en ser algo que no somos?

¿Estamos mirando hacia dentro o hacia fuera?

¿Estamos supliendo los abrazos diurnos con desayunos copiosos?

¿Estamos recorriendo el camino nuestro o estamos vagando con una brújula de piedra?

Hay idealisis en todo acto: queremos y deseamos lo enorme.

Pero lo cierto es que me entero de las matanzas en Pakistán y en México por los vistazos a los periódicos ajenos.

Nómada no es una palabra que me excite: volvamos a la tierra, digamos que somos trashumantes y que vamos en busca de las tierras fértiles donde crecen la experiencia y las historias. Nos acompaña un rebaño de llamas, alpacas y vicuñas y un perro pastor: nada hay más tierno en este valle que los pastos verdes.

Otra vez una ciudad de cuetarribas: es una variable fija como los mangos dulces en este viaje. Pero en Cusco las calles terminan en roca viva y yo lo llamo templo, solo que en los templos de mi país uno no puede escalar la roca y subirse arriba y entonces, sí, exhalar para los dioses un aliento natural y único. Que las callejuelas del barrio de San Blas sean como serpientes o que la cabeza del puma esté bien arriba, en la fortaleza de Saqsaywaman, o que se escuchen los ritmos ficticios de las aves por las mañanas no es anecdótico: hay tres animales que sostienen el mundo en sus tres planos: la serpiente, el puma y el cóndor. No he olvidado ninguna de las conversaciones afuera de una carpa en la costa. No he olvidado la primera vez que alguien mencionó Tawantisuyu en voz alta y yo dije: “repite eso”.

No importan los incas porque no existen los incas.

No importan los incas porque en el templo de los Monos alguien me cuenta: quien talló toda esta roca (*dicen*) fue un pájaro. Él construía sus nidos aquí dentro. Y después se convirtió en pájaro ese alguien y voló.

No importan los incas: he emprendido una cruzada contra lo anecdótico. No recordamos a nuestros abuelos: los míos mataron a toda esta gente en el valle (*dicen*).

No importan los incas pero sí su lengua: el quechua es tan romántico y líquido como el Wilkamayu y sus truchas doradas.

KEN KEN

HUMAHUACA

He preguntado al oráculo por mi nombre y me dijo: serás *ken ken*, la Montaña duplicada. Mantén la espalda quieta un segundo ("la espina, el centro de uno", dice S; "lo que nunca vemos de nosotros mismos", replico) y céntrate en el aquí. ¿Qué está ocurriendo? Nacimientos y muerte y nacimientos. El ciclo es el mismo que el de las estaciones. La muerte no concebida como el final de todas las cosas sino su resolución, su incendio. El nacimiento como cuando parimos poesía en cuadernos cosidos a mano. Esos nacimientos: del vientre puro.

He preguntado al oráculo por mi nombre y levantó la tierra para mostrármelo. En la quebrada hemos esperado que el cielo se hiciera con los cerros rojos una tarde y no ha ocurrido.

Por eso espero.

¿Quién está detrás de la ventana?

Marika Heiki es el nombre del personaje. Pero la chica que viaja se llama Marina (Madrid, 1989). Y la chica que miente se llama Maitena. Y la chica que cose a mano los cuadernos se llama Minta. Y la que espera al costado de la ruta que las Montañas sean tragadas por el cielo se llama M. Y también la que espera cartas. Todas ellas están adentro de un solo cuerpo en movimiento.

Un viaje no es un viaje, se dice, pero así lo creía cuando abandonó la Barcelona que recorría a pie en el verano porque le parecía que los acentos del español estaban incompletos. Ahora llega a Argentina y no ha contado los kilómetros. Después, no sabe. Tampoco sabe si hay regreso. Escribe a veces, casi siempre con la urgencia erótica que auguran los encuentros.

Está viva.